
Iglesia y sociedad en la actual situación española

Grup de Rectors del Dissabte

El *Grup de Rectors del Dissabte*, sacerdotes en parroquias populares y obreras de Valencia, sin más representatividad que la concedida por la fidelidad a nuestra vocación y por el servicio al bien común, nos vemos en la obligación de promover un diálogo con creyentes y no creyentes en orden a la construcción de una sociedad más convivencial y justa.

I. CONSTATAMOS con preocupación:

- La frecuente beligerancia y combatividad de muchos obispos españoles ante las reformas y medidas legislativas propuestas o anunciadas por el Gobierno legítimo del Estado español (o temidas por aquellos), que recuerdan situaciones neoconfesionales y estilos anticonciliares.
- La falta de discernimiento crítico y evangélico ante los cambios sociopolíticos que vivimos y un posicionamiento sectario ante cuestiones de índole política (pertenecientes a la autonomía de los creyentes), que producen división interna y un grave desencuentro con amplios sectores de las comunidades eclesiales.
- La identificación de la jerarquía y muchos sectores del catolicismo español con posiciones partidistas que, con la pretensión de ser la única postura eclesial, fortalecen las convicciones conservadoras, encrespan el debate político y postulan dogmáticamente aquello que debe dilucidarse en unas elecciones democráticas y no en los púlpitos.
- El abandono de aquella sabiduría evangélica que sabe de reconciliación, de diálogo, de consenso y de cercanía a los que sufren, para implantar en su lugar la confrontación sistemática, la oposición frontal a un gobierno legítimo, la división entre los creyentes y los llamamientos con sabor a cruzada.
- La ambigüedad de ciertas declaraciones de miembros del partido gobernante que, por su generalización, no hacen justicia a la realidad de los creyentes.

Grup de Rectors del Dissabte (Valencia) es un grupo de sacerdotes en parroquias populares y obreras.

II. CELEBRAMOS:

Celebramos con gozo el alumbramiento de algunos signos del tiempo que conforman hoy nuestra situación y generan condiciones favorables, tanto para vivir la fe como para construir una sociedad convivencial, participativa y justa, a pesar de la intensa demonización a la que están sometidos por parte de algún sector de la Iglesia. Como signos del tiempo, son situaciones de hecho que deben abordarse con creatividad y justicia, el fortalecimiento de la *conciencia personal*, la *laicidad de la sociedad española* y la *participación de los ciudadanos*. Los tres signos constituyen hoy la calidad ética y evangélica de las Iglesias y el territorio para construir fielmente una historia según el Dios de Jesús de Nazaret.

1. Aceptamos como signo del tiempo el primado de la **conciencia personal**, que deja en manos de la propia responsabilidad aquellas decisiones que afectan a los modos de amar, esperar, relacionarse y organizarse.

La conciencia personal reivindica hoy poder decidir entre creer o no creer, pertenecer a una u otra confesión, constituir un tipo u otro de familia, seguir una u otra orientación sexual y, por último, poder elegir entre una posición política u otra en referencia al bien común. Ni los decretos administrativos, ni las medidas legislativas ni las posiciones dogmáticas pueden hoy subyugar lo que pertenece al núcleo más personal de los seres humanos. Facilitar la decisión personal mediante la creación de aquellas condiciones que la posibiliten, es la tarea de un buen gobierno, y acompañar la decisión mediante el fomento de la

responsabilidad, según criterios evangélicos, es la más urgente tarea de la Iglesia.

La conciencia personal, como signo de nuestro tiempo, significa que hay una libertad individual que valora la dimensión más íntima y personal de las convicciones de fe, y que hay una responsabilidad social en las acciones que dimanen de aquellas convicciones. Por tanto, hay una autoridad de la conciencia que antecede a la administración de las autoridades y rechaza pretensiones absolutizadoras,

La aceptación de este signo del tiempo supone respetar los procesos individuales, asumir las búsquedas colectivas y respetar las dudas personales. Sólo el acompañamiento pastoral parece la actitud indicada para discernir asuntos que pertenecen al núcleo mismo de la conciencia. La comprensión, la misericordia y la compasión son los criterios preferentes ante decisiones que suponen, con frecuencia, graves rupturas vitales o intensas soledades.

2. Aceptamos, como signo del tiempo, los impulsos que nacen de la **laicidad**, y a ésta como principio que ha de regir la relación entre la religión y el espacio público.

Laicidad significa reconocimiento sincero del *pluralismo* de creencias, convicciones y religiones, cuyas potencialidades fueron afirmadas por el Decreto de Libertad Religiosa en el Concilio Vaticano II, a pesar de no ser aceptado de buen grado, en su día, por algunos obispos españoles.

Laicidad significa reconocimiento del *uso público de la razón y de la argumentación* como exploración de la ver-

dad; un uso que no se practica cuando, en nombre del Evangelio, se quiere imponer una cosmovisión como la única verdadera y poseer el monopolio de la ética.

Laicidad significa reconocimiento de la diversidad de esferas, ámbitos y poderes, que se rigen por su propia racionalidad; se trata de aquella *autonomía* de lo real que afirmó lúcidamente el Concilio Vaticano II y que no se respeta cuando, en nombre del Evangelio, se impone a los creyentes opiniones discutibles y discutidas. Sobre cuestiones científicas y éticas no tenemos un saber especial sino una sabiduría evangélica que lleva a confiar en el debate sobre las verdades que emanan del conocimiento científico y que puede aportar a este debate su sentido humanizador.

3. Aceptamos como signo del tiempo el surgimiento de la **ciudadanía**, que se despliega en participación democrática, en leal colaboración en función del bien común y en defensa de los que están peor situados. La cultura de la participación responde a la sabiduría del Evangelio más que la imposición, el dogmatismo o la prepotencia, de la que han hecho gala declaraciones de algunos obispos.

La *participación* requiere el fomento, como valor, de la diversidad y del respeto a las divergencias. Pretender unificar a los creyentes en torno a la COPE es una operación tan inútil como antievangélica. No sólo resulta insultante al buen criterio el apoyo de la Conferencia Episcopal a dicha cadena de radio, sino que causa grave desprestigio a la Iglesia y una fuerte desorientación a los cristianos.

La *participación* significa respetar las distintas voces que constituyen el

universo eclesial. Sorprende la convocatoria de manifestaciones de signo partidista, impulsadas por algún obispo, no sólo porque se hace en complicidad con el oscurantismo más rancio sino también porque convierte a los laicos en simples marionetas.

La *participación* significa valorar y atender al “sensus fidei” más que a la recogida de firmas; a la escucha atenta de los creyentes más que a las manifestaciones ruidosas, tan frecuentemente manipuladas; a la colaboración de científicos y teólogos cristianos mediante la consulta permanente en las nuevas cuestiones, más que a la imposición arbitraria.

La nueva cultura de la ciudadanía ha de significar la universalización y profundización en los derechos civiles, políticos y sociales, sobre todo de aquellas personas o grupos que necesitan ser protegidos por las Administraciones. Aquí encontrarán las Iglesias una tarea permanente de crítica profética ante los gobiernos de turno.

III. PROPONEMOS con humildad:

Recuperar para la vida pública aquellas actitudes básicas a cuyo desarrollo ha colaborado tan decisivamente el Evangelio de Jesús, que constituyen hoy la sustancia de la cultura democrática, a pesar de un cierto sectarismo que se manifiesta en el laicismo decimonónico que todavía hoy está vigente en ciertas personas.

- Dejar brotar la confianza en la razón, que nos sitúe por encima de los prejuicios sectarios ante el hecho religioso por parte de algunos partidos de izquierda y desactive las suposiciones

- de intenciones por parte de sectores de Iglesia.
- Apelar al diálogo constructivo como la forma evangélica y civilizada de resolver los conflictos. Ni los púlpitos ni los decretos pueden resolver los desencuentros. Necesitamos desactivar dogmatismos e invitar al entendimiento social.
 - Mantener viva la sabiduría que antepone la misericordia al reproche, la compasión al control, el acompañamiento a la condenación, la reconciliación a la agresividad.
 - Avanzar en la construcción no sólo de un Estado laico sino también de una sociedad laica, con el convencimiento de que benefician a la tarea evangelizadora, mediante el valor de la responsabilidad personal, la separación entre Iglesia y Estado y la participación ciudadana como virtud pública de alcance cristiano.
 - Caminar hacia la renuncia del poder político y social de la Iglesia y al clericalismo latente en ciertos posicionamientos que postulan un neoconfesionalismo encubierto.
- Diferenciar la fe de la Iglesia de lo que es opinión personal de un obispo, respetable en cuanto opinión, pero rechazable en la medida en que quiera presentarse como única forma de expresar esa fe de la Iglesia.
 - Apostar por la defensa de la dignidad humana y sus derechos, que no están suficientemente reconocidos en personas y colectivos empobrecidos y excluidos de nuestra sociedad.
 - Fomentar la visión ecuménica, la colaboración entre las religiones y el diálogo entre las culturas, así como el respeto a los procesos nacionales de los pueblos.
 - Criticar aquellos fenómenos que desvirtúan los signos del tiempo señalados, como son: el individualismo que debilita el primado de la conciencia personal, el laicismo que niega el valor del hecho religioso y pervierte de este modo el impulso liberador de la laicidad y las guerras actuales que olvidan el nacimiento de una solidaridad mundial.

València, 18 de diciembre de 2004.

Por qué los americanos han vuelto a depositar su confianza en G.W. Bush

Ana Mendieta

En las semanas previas al sorprendente nuevo éxito electoral de George W. Bush en Estados Unidos, el pasado mes de noviembre, se podía sentir el entusiasmo de muchos votantes del Partido Demócrata —y de otros muchos que votarían por primera vez— que realmente apostaban por un cambio en la presidencia. John Kerry, condecorado veterano de la guerra del Vietnam y elocuente senador por el estado de Massachusetts, había arrasado en los tres debates televisados con Bush y demostrado que tenía el calibre intelectual y la experiencia política necesaria para ser el próximo presidente de Estados Unidos. Kerry constituía la última esperanza de un electorado cansado de una economía en declive, del costo monetario y político de la guerra de Irak, y de los recortes de programas sociales y de libertades civiles implementados por la administración Bush desde los ataques del 11 de septiembre. Es más, Bush no sólo llevaba a sus espaldas el fantasma del fraude electoral en Florida durante las elecciones presidenciales del 2000 —que de hecho

Bush perdió por más de medio millón de votos frente a Al Gore—, sino que además las últimas encuestas preelectorales mostraban que más del 60 por ciento de los estadounidenses estaban descontentos con la gestión de Bush, cuyos índices de popularidad estaban a menos del 50 por cien.

Bush estaba abocado al fracaso, ya que ningún otro presidente estadounidense había podido ganar su reelección con un electorado tan descontento. Aún así, muchos se preguntan cuáles son los factores que contribuyeron a su arrasante victoria de más de tres millones de votos frente a Kerry.

Tras 14 años viviendo y trabajando como periodista en Estados Unidos, vi de cerca cómo la nueva victoria de Bush fue una gran decepción para todos los estadounidenses que anhelaban un cambio —en realidad el 49 por ciento del electorado—. Pero también puedo decir que he visto de primera mano la victoria de Bush como una consecuencia lógica de su excelente estrategia electoral, del creciente conservadurismo del pueblo

Ana Mendieta (Bilbao) es periodista

estadounidense y de la paranoia terrorista que se vive en el país desde el fatídico 11 de septiembre. Al fin y al cabo, todo presidente estadounidense presentándose a su reelección en tiempo de guerra ha salido victorioso. Y Estados Unidos es literalmente un país en guerra desde el 11 de septiembre.

Bush, un cowboy “liberador”

Si algo no se le puede negar a Bush es que es un hombre que, como dice un dicho americano, sabe “desenfundar sus pistolas”. Es decir, Bush es un hombre que ha afrontado la presidencia como si fuera el más puro cowboy tejano o llanero solitario, firme y sin titubeos, a quien le traen sin cuidado las críticas de sus enemigos y que hasta ahora se ha negado a admitir que la invasión de Irak fuera un error.

Durante su última campaña presidencial era conocida su manía de intercalar varias veces la palabra “libertad” en sus discursos porque quería recalcar que la misión de su presidencia no era quedarse de brazos cruzados a la espera de que los terroristas se armasen hasta los dientes, sino ser proactivo y plantar “la semilla de la libertad” en Irak y el resto del Oriente Medio. Al contrario que Kerry, Bush siempre se negó a transmitir al electorado un mensaje de cambio populista e incluso mostró una clara inflexibilidad en ciertas decisiones que tomó en los meses anteriores a las elecciones.

Por ejemplo, en el verano del 2004 Bush se pasó por alto la convención anual de la mayor organización de derechos civiles afroamericana de todo el país, la NAACP. En septiembre dejó vencer la ley que prohíbe el uso de

armas de asalto cuando dos tercios de los estadounidenses quería extender dicha prohibición. Y su estrategia electoral se saltó a la torera lo que decían las encuestas al insistir en la intervención militar en Irak, en una enmienda constitucional para prohibir los matrimonios entre homosexuales, en la privatización del sistema de pensiones y en la restricción de fondos federales para la investigación de las células madre. Asimismo, Bush se negó a destituir a su Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, a pesar del escándalo de los abusos dentro de la prisión iraquí de Abu Ghraib.

Es fácil entonces preguntarse: ¿qué hizo que los votantes depositaran su confianza en Bush, a pesar de que todo iba en su contra? Una cualidad crucial de la que, a percepción del electorado, Kerry carecía: la capacidad de liderazgo. Quizás al electorado español y europeo en general le preocupan mucho más las decisiones de sus dirigentes que su carácter moral. Pero el electorado estadounidense es diferente, y más desde los ataques terroristas del 11 de septiembre. Bush, fuera odiado o amado, era y es percibido como un líder fuerte que ha librado a Estados Unidos de las garras del terrorismo atacando a los países que albergan a los terroristas.

El estadounidense medio podía estar en desacuerdo con la gestión de Bush, pero no podía negar que era un hombre valiente y el líder que necesita Estados Unidos tras el 11 de septiembre. Bush supo capitalizar muy bien el miedo generalizado creado tras los ataques de Osama bin Laden. Kerry, sin embargo, siempre fue percibido como un hombre elitista, que sabía exponer bien sus ideas pero que no era cercano ni podía llegar

al corazón de los americanos con la firmeza y la claridad de Bush.

Lo interesante es que aunque Kerry era un veterano de la guerra del Vietnam condecorado con el máximo galardón concedido a los veteranos estadounidenses, el “Corazón Púrpura” (the Purple Heart), su estrella heroica nunca resplandeció y hasta fue puesta en cuestión por un grupo de veteranos del Vietnam que en plena campaña lanzó una campaña brutal para desacreditar a Kerry y afirmar que no se merecía la condecoración.

Por su parte, Bush, que usó las influencias de su padre para librarse de ser carne de cañón durante el Vietnam, salió victorioso porque siempre fue consistente con sus iniciativas, por radicales que fueran, mientras acusaba a Kerry de cambiar constantemente de postura en temas clave como la ocupación de Irak. De hecho, Kerry nunca pudo explicar de forma convincente al electorado por qué se oponía a la guerra en Irak cuando él mismo votó a favor de la intervención de Bush en Irak poco después de los ataques del 11 de septiembre. Por otro lado, la campaña de Bush siempre apareció como un frente unido, mientras que en la de Kerry nunca se sabía quién estaba en control ni cuántas veces iba Kerry a cambiar de opinión en determinados temas.

La base conservadora de Bush

Siendo Bush un devoto cristiano evangélico que se convirtió a la religión tras años de alcoholismo, no es de extrañar que una parte muy importante de sus votantes hayan sido cristianos evangélicos, que son mucho más mili-

tantes y conservadores que otras ramas de cristianos protestantes. Según Karl Rove, el estratega más hábil y crucial en el éxito de Bush, era fundamental que los evangélicos que se quedaron en casa en el 2000 salieran en masa a votar en el 2004. De hecho, al analizar el mapa electoral de Estados Unidos se ve que Bush arrasó en todos los estados del sur, de valores morales más conservadores. Muchos votantes evangélicos creen realmente que Bush, que reza antes de las reuniones con su gabinete, tiene un mandato divino a la presidencia. El gobernador de Nueva York, George Pataki, al presentar a Bush durante la convención republicana del verano del 2004, dijo de él que “es uno de esos hombres guiados por Dios y el destino a liderar (el país) en tiempos de cambio”.

No podemos olvidar que el 22 por ciento de los estadounidenses que votaron en noviembre dijeron que su preocupación principal es la conservación de los valores morales tradicionales. Según Steven Waldman, redactor jefe de Beliefnet.com en Estados Unidos, los votantes evangélicos admiran el hecho de que Bush llame a los terroristas por su nombre –el demonio–, y que en definitiva no esconda su fe porque en su opinión Dios debería tener una presencia más activa en las instituciones educativas y gubernamentales –por ejemplo permitiendo la oración en las escuelas públicas–. En concreto, el tema de la prohibición de los matrimonios homosexuales atrajo a muchos nuevos votantes en el estado de Ohio, donde se aprobó una enmienda a la constitución estatal para evitar su aprobación.

También es muy significativo el hecho de que aunque Kerry era el primer

candidato presidencial católico desde John F. Kennedy en 1960, el 52 por ciento de los votantes católicos no votaron por él sino por Bush. Bush también fue muy hábil en su captación de nichos de votantes tradicionalmente demócratas. En Massachusetts, el estado natal de Kerry, Bush sacó 200.000 votos más que en las elecciones presidenciales del 2000. Bush además arrasó en 97 de los 100 condados con mayor crecimiento de todo el país, especialmente en zonas rurales de Colorado, Ohio y Virginia donde predominan los valores morales ultraconservadores. Es decir, Bush fue a buscar nuevos votantes en áreas “vírgenes”, mientras que Kerry se centró en los votantes demócratas tradicionales.

En definitiva, aunque a Kerry fue el voto femenino, el de las minorías, los jóvenes, el voto tradicional de izquierda y el de los inmigrantes que votaban por primera vez, el porcentaje de voto urbano por el Partido Demócrata fue menor que en el año 2000. Bush tuvo mejores resultados entre los “suburbanitas” (los que viven en zonas fuera de las ciuda-

des) y entre los votantes rurales. Y como hay más estadounidenses que se identifican como votantes conservadores, Bush sólo tenía que captar más votos en esta franja electoral sin necesidad de convencer a una mayoría de votantes no tan definidos ideológicamente.

Sin duda alguna, Bush tiene un mandato ideológico claro para gobernar una segunda legislatura. Sin embargo, enfrenta un déficit fiscal histórico de 427 billones de dólares y un gran escepticismo —incluso entre sus propios colegas republicanos— respecto a su idea de privatizar el sistema de pensiones mediante el impulso de inversiones en cuentas privadas. Sólo el 33 por ciento de los estadounidenses aprueban esta privatización según una encuesta reciente realizada por la prestigiosa revista estadounidense *Time*.

Los demócratas ya han advertido que el costo de la privatización del sistema de pensiones puede ascender a los dos trillones de dólares. Está por ver cómo Bush “desenfunda sus pistolas” en su segunda legislatura.

En acción, construye tu propia historia 44° Consejo General de la Juventud Obrera Cristiana

Pedro José Lara Morena

¿Serán los jóvenes las columnas más sólidas de la nueva iglesia estable de la indiferencia? ...¿Qué queda de las presuntas preguntas fundamentales de la vida a las que responde la religión? ¿Serán barridas por el consumo y la visión chata de la realidad?¹

Sin ánimo de dar respuesta a estas preguntas, pero con la conciencia de ser un joven a quien la fe está dando respuestas, me gustaría hacer una breve reflexión a propósito del 44° Consejo General de la JOC, celebrado en Burgos entre los días 4 y 8 de diciembre de 2004 y que se ha centrado en la *Acción*.

La JOC es un movimiento de jóvenes cuya tarea es la evangelización de los jóvenes de la clase obrera, desde las claves específicas de la Acción Católica. Y la *Acción* ocupa un lugar privilegiado en todo este proceso de evangelización. La experiencia de la Iglesia es muy rica en este sentido, ya que hemos sido no pocos grupos y comunidades los que hemos encontrado y seguimos encontrando en

la *Acción*, una respuesta a muchas de las necesidades de la persona.

El mundo de los jóvenes camina con rapidez hacia una sociedad poco o nada religiosa y de un consumo de sensaciones que da la espalda a la religión. Además se vive en un clima de desencanto, de pasividad y de individualismo que pone en peligro el hecho de que la fe ocupe su lugar en la búsqueda del sentido de la vida. La fe se percibe como algo privado, personal y poco conectado a la vida cotidiana; y el joven da por hecho, cada vez más, que la religión “es cosa de viejos o de antiguos”.

Esto es algo preocupante porque tiene mucho que ver con el tipo de sociedad que construimos, que queremos y por el que nos implicamos. Toda persona actúa, ya que la acción es una dimensión humana fundamental, y lo puede hacer de modo liberador o alienante, como sujetos activos y conscientes o pasivos e inconscientes. La acción es una potencialidad y una capacidad de la persona y, como tal,

¹ José María Mardones. *La indiferencia religiosa en España*. Ediciones HOAC. Pag. 49.

Pedro José Lara Morena (Madrid) es presidente general de la JOC.

puede humanizarnos y hacernos madurar o todo lo contrario.

Por esto es tan importante la *Acción*. La persona en acción desencadena un proceso interior que toca y atraviesa todas las dimensiones de la vida, nos hace vivir y transmitir valores. A través de la acción los valores del Reino de Dios pueden ir haciéndose vida y, mediante ella, vivenciamos y transmitimos nuestra fe en Jesús de Nazaret.

La actividad humana, así como procede del hombre, así también se ordena al hombre. Pues éste con su acción no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí mismo... El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época... alégrese los cristianos de poder ejercer todas sus actividades temporales haciendo una síntesis vital del esfuerzo humano, familiar, profesional, científico o técnico, con los valores religiosos, bajo cuya altísima jerarquía todo coopera a la gloria de Dios.

Gaudium et Spes

En un momento como el actual, lleno de injusticia y de violación de los derechos fundamentales, con una participación adormecida merced a un consumismo desbordado y donde los valores se “desfiguran” y pasan a ser objetos de consumo, es necesario poner la atención en lo fundamental: la dignidad de las personas. Es éste el valor más sagrado que existe; y en base a esta dignidad hay que actuar.

La realidad de los jóvenes está marcada por la precariedad, el deseo de consumir y la ausencia de resortes que per-

mitan el desarrollo de sus capacidades fundamentales. Y desde aquí, cobra una gran relevancia la *Acción* y toda su pedagogía. La Acción evangelizadora pretende hacer a los jóvenes verdaderos protagonistas de su vida, pretende transformar la realidad en la dirección del Evangelio y pretende que los jóvenes sean capaces de descubrir la hondura de la realidad y, en ella, a Dios que se hace presente en la historia como gran fuerza liberadora.

Es necesario compartir la vida, las preocupaciones hondas los proyectos y las ilusiones, sacar a la luz lo bueno de nuestra vida y lo injusto, expresar nuestro deseo de un mundo mejor, nuestro compromiso, nuestra fe y nuestros crecimientos... Hace falta reunirse, hablar, escucharse, amarse, ponerse en acción. Todo esto se convierte hoy en un “arma” eficaz para combatir a tanta pasividad, tanta violencia y tanta injusticia que “rompen” a la persona.

Volviendo a las preguntas que introducían esta breve reflexión, yo sí creo en la capacidad de los jóvenes para construir las columnas de una Iglesia comprometida con el mundo, enamorada del mundo y sufriente con el mundo. Sí creo que la religión sigue dando respuestas a las preguntas fundamentales y sí creo que los jóvenes queremos ser protagonistas de una vida humanizadora.

El 44 Consejo General de la JOC ha sido, para mí, un momento privilegiado para fortalecer esta esperanza y para ser consciente de que hay mucha gente, en la Iglesia y fuera de ella, empeñada en construir una sociedad mucho más humana, más justa y más en función de la dignidad de las personas, sobre todo de las más pobres.

Entre el miedo y la esperanza Marcas de la experiencia política del gobierno de Lula

Cástor M.M. Bartolomé Ruiz

Pongo ante el lector un análisis de coyuntura de los dos primeros años del gobierno Lula, en Brasil. Es una visión interna de los hechos, consecuentemente, como todas las visiones, será parcial. Ya anticipo que la marca de este análisis de coyuntura es la de la esperanza crítica, o si se quiere, la de la decepción esperanzada. Como toda verdad, es parcial, y por ello necesariamente deberá ser complementada con otras perspectivas.

En enero de 2003, Luis Inacio Lula da Silva, del Partido de los Trabajadores (PT), asumía la presidencia del mayor país de América Latina, Brasil. En la toma de posesión proclamó que con su elección, *la esperanza venció el miedo*.

Quien conoce un poco de la historia social y política de Brasil, sabe que la elección de Lula representa un momento histórico no sólo para Brasil, sino para América Latina. La victoria de Lula y del PT tenían un doble significado simbólico: la historia personal de Lula reproduce, hasta cierto punto, la vida de millones de brasileños excluidos que luchan diariamente por la supervivencia;

y la victoria del PT representa la consolidación de un proyecto político madurado durante más de treinta años de luchas sociales, de organización política y de experiencias administrativas públicas de izquierda. Con la victoria del PT y la elección de Lula una vez más parecía que, en América Latina, el horizonte de la utopía se aproximaba a una realización histórica posible.

Lula es hijo de familia numerosa que tuvo que emigrar del nordeste brasileño para São Paulo con el hambre en los talones. Trabajó desde niño en todo tipo de faenas, desde limpiabotas hasta peón de fábrica. Trabajó como tornero mecánico y en la lucha sindical lideró el mayor sindicato de América Latina, el de los metalúrgicos del ABC de São Paulo. Combatió primeramente la dictadura militar y posteriormente, cuando se creó el PT, luchó contra las políticas neoliberales que desde la década de los 80 se cernían contra los trabajadores y excluidos de Brasil, en moldes semejantes a lo que ocurría en el resto del planeta.

Castor M. M. Bartolomé Ruis (Brasil) es doctor en Filosofía. Universidad de Unisinos.

Lula se presentó tres veces como candidato a presidente de la República y las tres perdió en la segunda vuelta de las elecciones. En su cuarto intento, la composición política en torno a Lula ya preanunciaba que algo había cambiado en algunos sectores hegemónicos del PT. El arco de alianzas que se establecieron para la elección de 2003, contrariaba toda la coherencia histórica del propio PT. Se coaligó con el Partido Liberal, el cual asignó como vicepresidente a José Alencar, un gran empresario de Minas Gerais, cuyo perfil ideológico lo define con nitidez su pertenencia a una iglesia evangélica pentecostal extremadamente conservadora llamada “Asamblea de Dios”. Su designación para la vicepresidencia del gobierno se justificó diciendo que era un mal menor necesario, pero que el proyecto político del PT se mantenía íntegro como propuesta de gobierno.

En la segunda vuelta de las elecciones, dando prioridad a la conquista del poder a costa de la coherencia de los principios programáticos del PT, se hicieron nuevas alianzas con partidos conservadores, sobre todo con políticos tradicionales de dudosa honestidad que tenían un pasado comprobadamente sucio. Esas alianzas políticas y las justificaciones dadas enturbiaron el horizonte de esperanza que se anunciaba.

El día después

En un primer momento, exceptuando algunas minorías más dogmáticas, hubo consenso interno dentro del PT y de los movimientos sociales que lo sustentan, en torno a que no se podían realizar cambios radicales o voluntaristas en la política económica o social. Que cual-

quier cambio estructural serio debería conjugar una amplia negociación política con sectores conservadores del capital y de la sociedad, tanto internos como externos. Era consenso político que el gobierno del PT, por la madurez política de sus cuadros, nunca podría caer en un “chavismo” populista ni en un “castrismo” voluntarista.

Aun aceptando ese principio de realismo político necesario, la composición del gabinete de gobierno de Lula sorprendió más de lo previsto. La estrategia del gabinete era evidente. Se dividieron los ministerios en dos grandes bloques: a) los ministerios que afectan a la estructura productiva y financiera del país —economía, finanzas, comercio, agricultura, industria, transporte, comunicaciones, banco central...—, fueron ocupados por hombres de reconocida trayectoria neoliberal y ninguno de ellos —excepto Pallozi en economía— era militante del PT ni siquiera simpatizante de su proyecto político —insistimos en el dato de que existen economistas, intelectuales y técnicos administrativos de comprobada experiencia dentro de los cuadros del PT o en sectores afines, e incluso algunos de ellos son senadores del PT—; b) los ministerios sociales —educación, medio ambiente, reforma agraria, ciudades, trabajo, bienestar social, seguridad social...—, eran cuadros del PT.

Esa división estratégica entre los ministerios económicos y sociales preanunciaba algo que, al principio, pocos querían pensar. Era el continuismo de las políticas neoliberales y la supeditación de lo social al modelo económico neoliberal. Desde el comienzo se pensó que podría ser una táctica de transición ya que los cambios estructurales, sobre

todo las negociaciones de la deuda externa con el FMI y de la deuda interna con los bancos nacionales, requería ese tipo de composición transitoria.

*La victoria del miedo
sobre la esperanza*

Con el paso del tiempo los hechos fueron contradiciendo la esperanza y confirmando los temores. Los primeros embates políticos se trabaron cuando el gobierno de Lula decidió asumir un proyecto de ley del gobierno anterior para ampliar los impuestos a los funcionarios públicos jubilados; proyecto contra el cual el PT había luchado durante ocho años en el parlamento, impidiendo su aprobación porque necesitaba una enmienda constitucional y los votos del PT impedían que se realizase. Junto con este proyecto vino otro para conceder autonomía al Banco Central, siguiendo los moldes y exigencias del FMI. También el PT históricamente era contrario a esa autonomía del Banco Central, y estaba a favor de un control político del mismo porque la autonomía le transforma, de hecho, en un cuarto poder dentro del Estado sobre el cual la sociedad tiene muy poco control. Los votos del PT, cuando estaba en la oposición, habían impedido sistemáticamente la autonomía del BC.

Se fueron sucediendo proyectos de ley y medidas provisionales que, en general, contradecían los ejes centrales del proyecto político del PT así como su trayectoria histórica. El último proyecto es muy simbólico en todos los aspectos. Se trata de la medida provisional del gobierno aprobando la plantación de soja transgénica y del proyecto de ley abrien-

do el territorio brasileño para la plantación de organismos genéticamente modificados. El PT siempre estuvo en contra de los llamados popularmente transgénicos, por cuestiones económicas, ecológicas y de salud pública. La ministra de Medio Ambiente, Marina Silva, junto con todos los movimientos sociales y ecológicos, es una contumaz opositora de los transgénicos. Ella fue compañera de Chico Mendez en la lucha por la preservación de la floresta amazónica; militante originaria de las Comunidades de Base (CEBs), está profundamente vinculada a la historia de los movimientos ecologistas y sociales de la región amazónica, y actualmente es diputada federal. En confrontación con ella está el ministro de Agricultura, Amir Lando, un gran terrateniente y empresario del sector agro-exportador que representa dentro del gobierno los intereses del agro-negocio exportador y de las multinacionales del sector, en concreto de la Monsanto. El desenlace de este conflicto se resume en las lágrimas públicas que la ministra Marina Silva no pudo contener cuando supo por los periódicos la decisión final del gobierno Lula de aprobar la plantación de la soja transgénica y de enviar un proyecto de ley aprobando la plantación de otros productos genéticamente modificados, sin la aprobación del ministerio de Medio Ambiente, y con la simple aprobación de una comisión técnica claramente favorable al modelo de transgenia.

Los proyectos de ley, las medidas provisionales de gobierno y otras acciones de este tipo no venían aisladas, estaban articuladas con la política económica, la cual siguió a rajatabla la cartilla más ortodoxa de las recomendaciones hechas por los organismos de control del

FMI y del BM. Para que el lector se haga una idea, a diferencia de lo que ocurrió con el gobierno de Kirchner, en Argentina, el gobierno Lula, en la persona de Pallozi, nunca intentó renegociar la deuda externa, ni siquiera los intereses de la deuda. Al contrario, todo el mundo se quedó sorprendido –incluso los propios banqueros– cuando fueron comprobando que paso a paso el pago de la deuda no sólo se realizaba sino que se pagaba más de lo acordado. Para el año 2003 había el compromiso con el FMI de pagar un montante de la deuda externa correspondiente al 3,7% de PIB; el gobierno Lula ofreció pagar lo equivalente al 4,1%. Eso traducido en moneda significa varios miles de millones de euros que fueron extraídos de inversiones sociales necesarias y urgentes en áreas neurálgicas como la salud, la educación, infraestructuras, etcétera.

En los dos primeros años del gobierno de Lula las ganancias de los principales bancos aumentaron entre un 30% y un 40% con respecto a los años anteriores. Incluso, con sarcasmo, las estadísticas apuntaron que en Brasil aumentó el número de millonarios en euros, al mismo tiempo que empeoró el poder adquisitivo de la llamada clase media. De hecho, en esos dos años ninguna de las áreas sociales ha recibido atención especial. La salud pública está en una decadencia gravísima que provoca la muerte diaria de cientos de personas mal atendidas o por no tener ningún tipo de atención médica. La educación pública continúa perdiendo calidad, pese a los esfuerzos de los profesores por mantener un mínimo nivel escolar o académico, etcétera.

Conviene indicar que el Banco Central mantiene una política de intereses

altos, pagando en torno a 15% de intereses al año para inversiones en dólares o en euros; es la mayor tasa de intereses del mundo. El objetivo sería controlar la inflación, pero la consecuencia es que las pequeñas y medianas empresas, que no tienen capital de giro, tienen que pedir préstamos con intereses que giran alrededor de 30% al año. Esa política obligó a cerrar muchas pequeñas y medianas empresas y, contra todas las expectativas y promesas, el desempleo aumentó significativamente durante los dos años de gobierno de Lula, quien prometió crear un millón de puestos de trabajo por año, y ha conseguido producir cuatro millones de desempleados en dos años. Lo paradójico de la situación es que algunos técnicos del FMI, contrariando su postura tradicional, llegaron a recomendar al gobierno mayor flexibilidad fiscal a fin de que pueda realizar mayores inversiones internas que favorezcan el sector productivo nacional.

Tal vez merezca mención especial el llamado programa *Fome Zero*, y el programa de reforma agraria. El programa *Fome Zero* fue un anuncio público (por no decir publicitario) que Lula hizo el día de su toma de posesión. El programa consiste en estimular a la sociedad civil a fin de que cree formas de ayuda para la distribución de alimentos y comida para las personas necesitadas. El gobierno participa con apoyo propagandístico y una cierta articulación con los grupos sociales que tienen interés en sumarse a esta iniciativa. Para este fin se creó una secretaría. Pero en la práctica, a pesar de que las personas indicadas para este trabajo son de una honestidad a toda prueba, se ven imposibilitadas de concretar un proyecto de mayor envergadura por-

que no existen recursos económicos para ello. Apelar a la sociedad civil puede ser una forma fácil de exonerar al Estado de una responsabilidad tan grave como es el problema del hambre. Ésta siempre ha sido una táctica tradicional de los gobiernos brasileños que al comienzo de sus mandatos elaboran programas sociales de gran envergadura pero sin compromiso político real; eso los transforma en formas paternalistas de dar cosas para algunos sectores necesitados logrando una imagen pública positiva para el gobierno, que es el objetivo principal de estos programas. De hecho, al final del segundo año del gobierno Lula, el programa *Fome Zero* resiste en pequeñas iniciativas puntuales de comedores baratos y en algunos miles de familias que reciben un salario de ayuda social. En la práctica el programa está sofocado por el problema real del hambre. Queda la imagen internacional que Lula predica a favor de la desaparición del hambre en el mundo. Una predicación externa sin proyecto político interno.

El problema de la reforma agraria merece un análisis especial, pues tras él se encuentra el mayor movimiento social de América Latina, el Movimiento de los Sin Tierra (MST). Este movimiento social combativo siempre fue un apoyo político del PT en todas las instancias, aunque nunca fue correa de transmisión del partido. El MST también tiene sus orígenes y sus raíces históricas y sociales en las Comunidades Eclesiales de Base, de la Iglesia Católica. El MST fue el primer movimiento social que ante el giro neoliberal del gobierno Lula, decidió apostar por un apoyo con presión social. La reforma agraria era una de las banderas históricas más importantes del PT. En

Brasil, de la reforma agraria junto con una política de apoyo a los pequeños agricultores, depende la subsistencia de decenas de millones de personas, sin la cual la única alternativa que les resta es aumentar las chabolas de las mega-urbes con todas las secuelas humanas que ello conlleva. El ministro de Reforma Agraria, Miguel Rosetto, es un militante histórico de los movimientos populares. Ya fue vicegobernador de Rio Grande do Sul y tiene las mejores intenciones del mundo, pero como sus otros compañeros de los ministerios sociales no tiene recursos económicos para viabilizar una reforma agraria. En la práctica, en estos dos años de gobierno de Lula, lamentablemente, se asentaron menos familias que en el mismo tiempo del gobierno anterior. La reforma agraria está prácticamente paralizada. Cuando escribimos este análisis, el MST ha vuelto a su estrategia de lucha social y presión al gobierno federal; en todo Brasil cientos de grupos organizados de trabajadores sin tierra ocuparon edificios del gobierno, están cortando carreteras y acamparon en decenas de latifundios improductivos exigiendo su expropiación. El MST parece haber agotado el plazo de comprensión política y retomó su estrategia de lucha social contra el gobierno.

La esperanza inquebrantable

El análisis anterior puede parecer excesivamente crítico. Tal vez sea importante resaltar que su contundencia deriva de la distancia que se creó entre la trayectoria histórica del proyecto político del PT y la frustración con el modelo neoliberal que enterró, en estos dos años, una alternativa política que la sociedad brasileña había elegido en 2003.

Sin duda existen muchos elementos positivos del gobierno Lula, como en todos los gobiernos. Podemos mencionar varias realizaciones positivas, aunque, desgraciadamente, no desvían la matriz neoliberal que rige la pauta de gobierno.

En primer lugar merece realce positivo el papel del gobierno de Lula en el área internacional. El modelo unipolar que EEUU dibujó para América Latina tiene en el proyecto ALCA su referencia político-económica. El ALCA, tal y como fue propuesto por EEUU, llevaría a una anexión económica de la región. La estrategia de EEUU fue deshacer los bloques regionales (Mercosur y Pacto Andino) para negociar con cada país individualmente, lo cual le otorga una ventaja considerable para imponer sus condiciones. El gobierno Lula, desde el comienzo, trabajó por articular alianzas internacionales en varios niveles, para contrarrestar la hegemonía de EEUU. Fortaleció el Mercosur, entró en negociaciones con el Pacto Andino, creó relaciones con China, India y Sudáfrica, y propuso la creación de un grupo de 23 países en desarrollo para articular políticas comerciales e industriales entre ellos.

Sin duda ninguna el apoyo discreto y crítico que el gobierno Lula dio a Chaves, permitió al gobierno venezolano tener un mínimo de apoyo internacional sólido en los momentos más críticos, principalmente en el intento de golpe de estado organizado por la CIA contra el gobierno venezolano de Chaves.

Internamente se puede decir que la administración Lula es seria en su rigor técnico y administrativo. Desde el punto de vista administrativo, la economía se mantiene estable, la inflación está relati-

vamente controlada, las exportaciones han crecido considerablemente consiguiendo nuevas marcas de superávits primarios. El gobierno tiene excedente fiscal, ahorra mucho más de lo que gasta, lo cual le permite pagar con puntualidad parte de la deuda rebajando la presión de los intereses. En los últimos meses se anuncia un tímido crecimiento de empleos.

Algunas iniciativas sociales positivas pueden ser mencionadas, como la creación de la secretaría de Economía Solidaria. Con ella el gobierno está impulsando la creación y la articulación de la economía de subsistencia a través de micro-cooperativas, bancos solidarios, etc. La economía solidaria crece como medio de supervivencia de una gran masa de parados. Son productos artesanales o que no necesitan mucha tecnología ni capital para ser fabricados. Se creó el ministerio de la Pesca, que atiende especialmente a millares de pequeños pescadores artesanales y microempresarios, pues Brasil no tiene una industria pesquera desarrollada. Hay una intencionalidad en defender a los grupos indígenas, así como preservar la floresta amazónica, aunque la falta de inversiones concretas provoca la permanente deforestación; por ejemplo hay un inspector por cada 25.000 km², algo así como si se contratasen a 20 ó 30 personas para fiscalizar todo el territorio español.

*Esperanza e historia,
desafíos y posibilidades*

Las contradicciones del gobierno de Lula apuntadas anteriormente están ocasionando inevitables conflictos políticos. En los primeros meses de gobierno,

un grupo de diputados/as del PT –hay que subrayar que los líderes más importantes eran mujeres–, comenzaron a disentir públicamente de las políticas del gobierno. El PT siempre fue un partido plural que orgánicamente aceptaba la formación de tendencias diferentes. En el caso del gobierno de Lula se exigió una fidelidad estricta, bajo pena de expulsión sumaria. Para esta función se asignó a José Genuino, presidente del partido, que junto con José Dirceu –gobernando las articulaciones políticas– y Antonio Pallozi –comandando la economía–, todos ellos del PT de São Paulo, como Lula, y forman una especie de guardia pretoriana en defensa de la permanencia en el poder y no del proyecto histórico del PT. De hecho, se consumó la expulsión sumaria del PT de una senadora, Heloisa Helena y de dos diputados rebeldes, José Baba y Luciana Genro (hija de Tarso Genro, que fue alcalde de Porto Alegre, gobernador de Rio Grande do Sul y actualmente es ministro de Educación). La estrategia de expulsar a las diputadas más rebeldes tenía por objetivo conseguir que el resto de los diputados mantuviese una postura de apoyo silencioso o de silencio crítico con el gobierno.

Un último episodio de la coyuntura política brasileña tuvo lugar en el mes de octubre de 2004 con las elecciones municipales. La estrategia del gobierno Lula era conseguir cuadruplicar el número de alcaldes del PT, principalmente en las capitales de los estados. El resultado final fue bastante decepcionante. Es verdad que el PT consiguió nueve alcaldías, pero perdió en otras dieciocho, entre ellas las más significativas como la de São Paulo y principal-

mente en Porto Alegre, donde gobernaba desde hacía dieciséis años, con una administración muy positiva, pero que no consiguió sobrevivir a la frustración que el gobierno Lula creó entre los propios militantes del PT. También perdió en las ciudades obreras más importantes donde ya gobernaba anteriormente, como Pelotas, Rio Grande, Caxias... Así, conviene señalar que durante la campaña electoral, contrariando el entusiasmo tradicional que empujaba a los militantes del PT a salir a la calle con banderas y convicción, casi no se veían militantes, los que aparecían eran cargos administrativos o eran pagados para ello. Eso mostró el grado de frustración que penetró en el propio cuerpo social que sustenta el proyecto político del PT.

Quedan en el tintero muchos datos y anécdotas de coyuntura. Cabe como conclusión final señalar que la gran esperanza del gobierno Lula es el propio PT y los movimientos sociales. El PT es un partido que tiene amplias bases sociales con cuadros muy bien formados y con gran espíritu crítico. La frustración de las últimas elecciones está llevando a análisis internos que pueden provocar tomas de posturas firmes dentro del partido, que tal vez induzcan un cambio en la línea política del gobierno de Lula. El futuro del gobierno Lula está abierto al dilema de dar continuidad al proyecto neoliberal con el que está gobernando o retomar el proyecto político del PT para impulsar un cambio social.

Realmente Lula tenía razón, la esperanza de un pueblo puede verse empañada, pero no puede ser sofocada por ninguno de los miedos, ni siquiera por los suyos propios.

Elogio del sentido común

Eduardo Galeano

*Texto de la intervención
en los Diálogos del Fórum de Barcelona.*

Nos reúne la búsqueda de áreas de cooperación y de encuentro en este mundo enfermo de “desvínculos”.

- ¿Dónde podremos encontrar un gran espacio todavía abierto al diálogo y al trabajo compartido?
- ¿No podríamos empezar por buscarlo en el sentido común?
- ¿En el cada vez más raro sentido común?

* * *

Los gastos militares, pongamos por caso. El mundo destina 2.200 millones de dólares por día a la producción de muerte. O sea: el mundo consagra esa astronómica fortuna a promover cacerías donde el cazador y la presa son de la misma especie, y donde más éxito tiene quien más prójimos mata. Nueve días de gastos militares alcanzarían para dar comida, escuela y remedios a todos los niños que no tienen.

A primera vista, esto traiciona el sentido común.

¿Y a segunda vista? La versión oficial justifica este derroche por la guerra contra el terrorismo.

Pero el sentido común nos dice que el terrorismo está de lo más agradecido. Y a la vista está que las guerras en Afganistán y en Irak le han regalado sus más poderosas vitaminas. Las guerras son actos de terrorismo de Estado, y el terrorismo de Estado y el terrorismo privado se alimentan mutuamente.

* * *

Los cinco países que más armas fabrican y venden son los que gozan del derecho de veto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

¿No contradice el sentido común que los custodios de la paz mundial sean los que hacen el negocio de la guerra?

A la hora de la verdad, esos cinco países mandan. También son cinco los países que mandan en el Fondo Monetario Internacional. Ocho toman las decisiones en el Banco Mundial.

Eduardo Galeano (Montevideo) es escritor.

En la Organización Mundial del Comercio está previsto el derecho de veto, pero jamás se usa.

La lucha por la democracia en el mundo, ¿no tendría que empezar por la democratización de los organismos que se llaman internacionales?

¿Qué opina el sentido común?

No está previsto que opine. El sentido común no tiene voto, y tampoco tiene voz.

* * *

Muchas de *las más feroces extorsiones* y de los más atroces crímenes que el mundo padece se llevan a la práctica a través de esos organismos que dicen ser internacionales. Sus víctimas son los otros desaparecidos: no los que se perdieron en la niebla de horror de las dictaduras militares, sino los desaparecidos de la democracia.

En estos últimos años, en Uruguay, mi país, y en América Latina y otras regiones del mundo han desaparecido los empleos, los salarios, las jubilaciones, las fábricas, las tierras, los ríos, y hasta han desaparecido nuestros hijos, que desandan el camino de sus abuelos, obligados a emigrar en busca de lo que desapareció.

¿Obliga el sentido común a aceptar estos dolores evitables?

¿Aceptarlos, cruzados de brazos, como si fueran la inevitable obra del tiempo o de la muerte?

* * *

¿Aceptación, resignación? Reconocemos que, poquito a poco, el mundo va siendo menos injusto.

Por poner un ejemplo, ya no es tan abismal la diferencia entre el salario femenino y el salario masculino. Poquito a poco, digo, al ritmo actual habrá igualdad de salarios entre los hombres y las mujeres dentro de 475 años.

¿Qué aconseja el sentido común? ¿Esperar? No conozco a ninguna mujer que viva tanto.

* * *

La verdadera educación, la que proviene del sentido común y al sentido común conduce, nos enseña a luchar por la recuperación de todo lo que nos ha sido usurpado.

Pedro Casaldáliga, el obispo catalán que lleva largos años de experiencia en la selva brasileña, dice que es verdad que más vale enseñar a pescar que regalar pescado, pero advierte que de nada sirve enseñar a pescar si los ríos han sido envenenados o vendidos.

* * *

El miedo. Para que los osos bailen en los circos, el domador los amaestra: al ritmo de la música, les golpea las ancas con un palo erizado de púas. Si bailan como deben, el domador deja de golpearlos y les da comida. Si no, continúa el tormento, y en las noches los devuelve a las jaulas sin nada que comer. Por miedo, miedo al castigo, miedo al hambre, los osos bailan.

Desde el punto de vista del domador, esto es puro sentido común. Pero, ¿y desde el punto de vista del domado?

* * *

Septiembre de 2001, Nueva York. Cuando el avión embistió la segunda torre, y la torre crujió, la gente huyó volando escaleras abajo. Entonces los altavoces mandaron que los empleados volvieran a sus puestos de trabajo.

¿Quiénes actuaron con sentido común? Se salvaron *los que no obedecieron*.

* * *

Para salvamos, juntarnos. Como los dedos en la mano. Como los patos en el vuelo.

Tecnología del vuelo compartido: el primer pato que se alza abre paso al segundo, que despeja el camino al ter-

ceros, y la energía del tercero levanta vuelo al cuarto, que ayuda al quinto, y el impulso del quinto empuja al sexto, que presta fuerza al séptimo.

Cuando se cansa el pato que hace punta, baja a la cola de la bandada y deja su lugar a otro, que sube al vértice de esa uve invertida que los patos dibujan en el aire. Todos se van turnando, atrás y adelante. Ningún pato se cree “superpato” por volar adelante, ni “subpato” por marchar atrás.

Los patos no han perdido el sentido común.

Barcelona, 22 de mayo, 2004.

Auschwitz: ¿nunca más?

Carlos Fuentes

En 1963 visité el campo de Auschwitz-Birkenau con mi viejo amigo Fernando Benítez. Lo visitamos en silencio. Todo comentario resultaba superfluo, si no insultante. La vasta soledad de ese territorio de la muerte era poblada por un desfile interminable de víctimas, portadora cada una de un nombre que se resistía a morir. Con una crueldad que renueva la vigencia de Kafka como el escritor profético del siglo XX, cada prisionero, al ingresar en Auschwitz, debía contestar a una pregunta de sus victimarios: ¿a quién debe dársele la noticia de su muerte?

Auschwitz se ha convertido en el Nombre del Mal. Primo Levi, David Rousset, Eli Wiesel, Jorge Semprún, muchos más, han dejado los terribles testimonios de los que el segundo llamó, en un libro de cabecera del mal histórico, *El universo concentracionario*. Auschwitz fue el sello fúnebre de un imperio racista, originado en los delirios de un pornógrafo lunático, Julius Streicher, quien veía al mundo entero como una lucha entre arios y judíos por “dominar al sexo femenino”. Este maniático leyó el subconsciente de Hitler, quien, a partir de 1933, estableció el “universo con-

centracionario” –Dachau, Buchenwald, Auschwitz, Treblinka, Mida-nek– a fin de librar al mundo de la “peste judía”, pero también para aniquilar a homosexuales, gitanos, comunistas, socialistas y cristianos adversos al Reich.

Seis millones de hombres, mujeres y niños inocentes murieron en los campos de Hitler. Acaso la estadística más atroz esté, no en este número, sino en los que dejó el administrador del Departamento de Economía del SS, Oswald Pohl. Además de los veinte mil cadáveres diarios producidos por los campos, Pohl calculó que la expectativa de vida de un prisionero era de nueve meses (el mismo tiempo requerido para nacer y para morir). En esta estimación del verdugo, durante ese periodo de tiempo, cada prisionero vivo y empleado en trabajos forzados podía darle al Reich un provecho de mil quinientos marcos diarios, sin contar el valor de dentaduras, cabellera, ropa y otros bienes. Sin embargo, advierte Pohl, el gasto de cremación de cada prisionero era de dos marcos, a deducir del beneficio arriba mencionado.

Hubo opositores internos, dentro de los regímenes alemán e italiano, a

Carlos Fuentes es escritor mexicano.

los campos de la muerte. Hjalmar Schacht, el genio de las finanzas alemán, le advirtió a Hitler que la supresión de los judíos acarrearía una grave crisis, dada la aportación hebrea a la economía del Reich. Iguales razones ofreció Mussolini para diferir, hasta la última hora, la persecución de los judíos italianos, relatada con arte y emoción por el novelista Giorgio Bassani en *El jardín de los Finzi-Contini*.

Sobra decir que estas advertencias desde adentro no prevalecieron sobre un hecho que Hobbes describe maravillosamente en el *Leviatán* como resorte primario del poder: “La Pasión, cuyo origen es la Soberbia y la Vanagloria”, conduciendo a “la Locura” y originado muchas veces, escribe Hobbes como si hubiese conocido a Hitler y a Stalin, en “un sentido de inferioridad”.

Con razón evoca Hobbes a Tucídides como el modelo de historiadores, toda vez que revela las pasiones secretas como los factores determinantes de la vida social y política: “Las pasiones humanas que, tácitas o rara vez discutidas”, sin embargo, determinan las acciones públicas. Búsquense estas pasiones primarias en defectos físicos, fracasos amorosos e intelectuales, sentido de inferioridad, humillaciones juveniles: lo importante es saber cómo se traducen, siguiendo a Hobbes, en políticas públicas.

José Stalin, *Koba*, seminarista rebelde, dirigente político secundario al lado de Lenin, Trotsky, Bujarin y Kaménev, hizo de su inferioridad arma siniestra de poder para eliminar a sus rivales y, preso de una paranoia incon-

trolable, de crear el Gulag, el universo concentracionario soviético, donde, en 1937, ya había seis millones de prisioneros, medio millón de entre ellos miembros del Partido Comunista de la Unión Soviética. Sólo cincuenta mil sobrevivieron.

De la “noche y niebla” de Auschwitz al “polo de la ferocidad” en Kolyma, la historia de la inhumanidad programada ha sido documentada y reiterada en libros, películas, prensa, discursos, conmemoraciones... Es parte del alfabeto mundial del mal. No obstante, el mundo sigue adelante como si las lecciones de Hitler y Stalin hubiesen sido aprendidas sólo para repetirlas. Terminada la guerra, el estalinismo prosiguió su política criminal en Europa Oriental. El colonialismo europeo no se retiró de Argelia, Indonesia y la India sin dejar una secuela de violencia, que Henri Alleg denunció en su célebre opúsculo, *La cuestión*. El *apartheid* vivió hasta 1991 tolerado por la benevolencia racista del Occidente en general y en particular de los EE.UU de América, donde el actual vicepresidente, Dick Cheney, votó en el Senado en contra de la liberación de Nelson Mandela y en contra de la condena al *apartheid*. Y en Israel, el Gobierno de Ariel Sharon se empeña en convertir a los palestinos en los judíos del Medio Oriente. No apruebo la violencia palestina contra Israel. Tampoco la de Israel contra Palestina. Las dos naciones hermanas, descendientes de Sem, sólo pueden prosperar en paz, lado a lado, con territorios no sólo definidos sino restaurados a los límites previos al conflicto de 1967 de acuerdo con las resolucio-

nes 194 y 292 de la ONU. El Estado de Israel no puede vivir sin el Estado Nacional Palestino, y viceversa.

Las sanguinarias actividades del Jemer Rojo en Camboya han sido admirable y terriblemente descritas por José María Pérez Gay en su libro *El príncipe y sus guerrilleros*. El genocidio camboyano fue producto subsidiario del asalto a los derechos humanos dictado por el Gran Timonel Mao en China durante la Revolución Cultural. Pero las culpas de China en Asia y de la URSS en Europa no eximen a los EE.UU de América de haber alentado los golpes de Estado militares en Guatemala, Brasil y Chile, y de haber bendecido a los torturadores argentinos. Sólo en Guatemala, estimó Bill Clinton durante su visita a ese país mártir, un millón de ciudadanos fueron torturados y asesinados por los militares y las bandas a su servicio que el secretario de Estado John Foster Dulles aclamó en 1954, como protagonistas de “una gloriosa victoria”.

El capítulo más reciente de esta crónica del horror impuesto a unos hombres por otros hombres lo está redactando el Gobierno de George W. Bush. Guantánamo y Abu Ghraib son dos nombres de la infamia contemporánea: torturas, humillaciones, abusos de poder sin origen claro ni final previsible. Que los EE UU no son ni la Alemania nazi ni la Rusia soviética lo ha demostrado el tribunal militar que acaba de condenar al sargento Charles Graner, el sádico inmediatamente responsable de Abu Ghraib, a diez años de prisión.

“Me siento fantástico”, exclamó el sargento torturador al conocer su sen-

tencia. Quizás más “fantásticos” se sienten los miembros de la actual Administración en Washington. Bush no toca el tema ni con el pétalo de una rosa. Y Albert Gonzales (así, con “s”, señor corrector: respete las preferencias ortográficas del Tío Tom de los chicanos) es confirmado como fiscal general, sin duda como premio a su justificación del uso de la tortura en Irak. Con cinismo deslumbrante, Gonzales (con ese) distinguió ante el comité del Senado sus actividades como consejero de Bush de sus responsabilidades como fiscal de Bush. Como simple consejero, dijo una cosa: el presidente puede pasarse por alto, en virtud de su “autoridad presidencial”, las convenciones internacionales y el propio estatuto interno norteamericano contra la tortura. Como fiscal, añadió, ¡jamás aprobaría tal cosa! Pero el mentiroso cae más pronto que el proverbial lisiado. Ya en su puesto de fiscal general, Gonzales (con ese, por favor) empieza a buscar pretextos para que la Agencia Central de Inteligencia (CIA) sí pueda ejercer violencia (física y mental) para obtener información.

Se representa en Londres una obra de teatro extraordinaria. Se titula *Guantánamo* y merece ser vista en todas partes. En ella, los actores dan voz a los prisioneros, sus parientes y sus defensores en esa cárcel infame donde abundan los arrestos indiscriminados y la mayoría de los detenidos resultan ser inocentes. Bien lo dijo, en su momento y con gran coraje, Susan Sontag. Los abominables crímenes del 11 de septiembre deben ser condenados, y su repetición, prevista y sofoca-

da por los mismos servicios de inteligencia que jamás predijeron el predecible ataque de Osama Bin Laden. Pero lo que la democracia norteamericana debe evitar es la paranoia y la psicosis que terminan por acusar al Otro como el Malo de la película. El terrorismo se combate atendiendo a los reclamos humanos de los marginados del mundo y contando con servicios de inteligencia que no vulneren la legalidad interna o internacional. El atacado no puede ponerse a la altura de los atacantes porque pierde autoridad moral y sacrifica apoyos políticos.

Colofón. Dice Hobbes en el *Leviatán*: “Hay quienes, derivando placer de sus actos de conquista, los llevan más allá de lo que su seguridad requiere”. Una cosa, añade el gran filósofo del Estado, es buscar el poder “dentro de límites modestos”, y otra, muy distinta, estar poseído por un deseo irracional de ejercer el poder. Por desgracia, añade Hobbes, el uso moderado del poder, por definición, tiene límites, pero el abuso del poder no los conoce.

El País- Opinión- 05-02-2005.

Monseñor Romero Santo, Profeta y Mártir

Pedro Serrano

En el presente año 2005, se conmemora el 25º aniversario del asesinato de monseñor Oscar Romero; para muchos, auténtico modelo, signo y símbolo de la nueva Iglesia de los pobres que nace del pueblo y vive pujante en medio de la Iglesia oficial y piramidal.

Una Iglesia “deslucida”

A la Iglesia institución, llamada así por el peso que tienen los organismos jerárquicos frente al pueblo de Dios, muchos la ven inclinada hacia los poderosos y enriquecidos, conservadora de tradiciones secundarias a las que se supedita el Evangelio liberador de Jesús.

El Papa Juan Pablo II, fue elegido por las fuerzas conservadoras del Vaticano romano, colegio cardenalicio y sectores eclesiásticos tradicionalistas, para “cerrar las ventanas” de la Iglesia hacia el mundo moderno, que Juan XXIII y el Concilio Vaticano II abrieron. Pero Mons. Romero, hizo posible, con su vida de dedicación a la defensa de los pobres, la utopía del

Reino de Dios impulsada por el propio Concilio del siglo XX, así como su adaptación a América Latina mediante las Conferencias Episcopales de Medellín (1968) y de Puebla (1979).

La Iglesia Católica oficial y piramidal, sigue dando un triste espectáculo al mundo, muy poco evangélico, al aferrarse a unas estructuras semejantes a las de las monarquías absolutas medievales, añorando tiempos pasados en que regía en Europa el modelo político-eclesial de la Cristiandad. De ahí la tozudez de Juan Pablo II, a pesar de su ancianidad y enfermedades, a no dimitir. Nuestro desacuerdo con la postura del Pontífice no es óbice para que sintamos compasión ante sus enfermedades. El pretexto del anciano Pontífice, es que pretende seguir en la cruz. Pero el mundo observa que nadie que está en el poder, aunque sea eclesial, dimite, salvo honrosas excepciones. Los crucificados son los cerca de 2.500 millones de habitantes de la Tierra que viven con menos de dos dólares diarios y los pueblos que sufren las guerras y los conflictos armados.

Pedro Serrano es misionero en Centroamérica.

Sería más cristiano, dado sus grandes limitaciones físicas actuales y progresivas, para el trabajo eclesial y la dirección de la Iglesia que la jerarquía promoviera: 1) la dimisión del Papa Juan Pablo II para dar paso a un responsable de la Iglesia con plenas capacidades para el gobierno; 2) la democratización de estructuras y organismos eclesiales, estableciendo un tiempo limitado de pontificado; 3) el rejuvenecimiento de instituciones eclesiales mediante procedimientos más participativos; 4) la elección del Papa por un colectivo de cardenales y obispos más amplio y diverso que el del Colegio cardenalicio plagado de ancianos conservadores, en donde se tuviera en cuenta el parecer de las comunidades diocesanas.

Si el impulso vital del Concilio Vaticano II, se frenó con el actual Papa cuando estaba en sus mejores condiciones físicas y psicológicas; actualmente los responsables eclesiales, al mantener al debilitado Juan Pablo II, han dejado bloqueada la labor de dirección y de la Iglesia. A las instituciones oficiales de la Iglesia, en su cúspide, se las ve paralizadas, conservadoras, alejadas del mundo moderno y de los pueblos; aunque en sus bases haya una pujante vida de servicio a la justicia, a la verdad y a la misión, colaborando con las fuerzas progresistas por un mundo mejor y tratando de profundizar el ecumenismo existente.

Contrastando con la penumbra en la que está sumida la Institución eclesial, celebramos la luz que irradió a la Iglesia y a la humanidad monseñor Romero. Pero el mejor argu-

mento para demostrarlo, es la propia vida, mensajes y martirio de este gran pastor del pueblo salvadoreño.

Un Profeta en El Salvador

“Si llegase a cumplirse las amenazas desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador. Que mi sangre sea semilla de liberación”. Palabras proféticas pronunciadas por monseñor Romero pocos días antes de ese fatídico 24 de marzo de 1980 en el que una bala asesina disparada por mano criminal desde la puerta de la sencilla capilla del “hospitalito” acabó con su vida, cuando ofrecía a Dios, en la santa Misa, el pan y el vino, símbolos de la vida histórica y eterna de los seres humanos.

El enemigo mortal de monseñor Romero fue la extrema derecha del partido ARENA en alianza con sectores reaccionarios del Ejército salvadoreño; con la aceptación ambiciosa de la oligarquía y el silencio cómplice ciertos sectores eclesiásticos del pequeño país.

Hoy ya se ha dado a conocer que el autor intelectual del asesinato fue Roberto D'Aubuisson, fundador de los escuadrones de la muerte y del partido derechista ARENA. La estrategia del asesinato correspondió a cargo de un capitán del ejército, siendo el artífice material del disparo un simple mercenario.

Eran tiempos conflictivos en Centroamérica. En las décadas de los años 70 y 80 del siglo pasado vivían los pueblos sumidos en medio del gran

conflicto de la Guerra Fría en donde los sistemas capitalista y comunista se disputaban la dominación del mundo. Estados Unidos, con la Escuela de las Américas ubicada en Panamá, instruía a miles de militares de los ejércitos de Latinoamérica para que fuesen los ejecutores materiales de la represión a sus respectivos pueblos. De esta forma, la pretensión de los sucesivos gobiernos de Norteamérica, entre otras medidas políticas y económicas, era evitar la penetración comunista y defender sus intereses económicos, coloniales y militares al sur del Río Bravo.

La Iglesia, al aceptar el proceso de beatificación en Roma, demostró al mundo y también a los católicos dudosos o ingenuos, que la vida y la muerte de Oscar Romero fue ejemplar y digna de imitar para los que desean seguir a Jesucristo. Es evidente que a pesar de la oposición de los sectores conservadores de El Salvador, tanto eclesiales y políticos, como económicos y militares, el proceso de beatificación pudo llegar a Roma. Pero actualmente se ha paralizado. Dado la situación decadente de Juan Pablo II y la mentalidad reacia al profetismo moderno existente entre la jerarquía, es posible que haya que esperar tiempos mejores.

Pero el pueblo salvadoreño, latinoamericano y de muchos otros países, ya hemos canonizado a monseñor Romero, independientemente de lo que vayan a decir y hacer los responsables de la Iglesia universal. Monseñor Romero es santo, profeta y mártir de los pueblos latinoamericanos.

Aunque siempre fue un sincero y esforzado creyente en Jesús, en la vida de monseñor Romero se pueden identificar dos etapas: 1ª. La del pastor bondadoso, dado a las prácticas de piedad y a una vida de cordial servicialidad para con todas las clases sociales; tanto es así, que los sectores oligárquicos y militares dieron el visto bueno de su nombramiento como arzobispo de San Salvador. 2ª. La del profeta liberador; pues a raíz del asesinato de su amigo Rutilio Grande S.J., comienza a defender a su pueblo de la opresión, represión y genocidios a mano de militares sin entrañas de misericordia, apoyados por oligarquías egoístas, con el decidido apoyo de Estados Unidos.

Hay ciertas coincidencias curiosas que algunos sencillos salvadoreños me han ido comunicando: A) Cristo estuvo alrededor de tres años en su vida pública; monseñor Romero, después de que fue trasladado de la diócesis de Santiago María, permaneció unos tres años en el arzobispado de San Salvador. B) Jesús, tuvo humanamente influencia de su precursor Juan Bautista; a monseñor Romero le influyó el testimonio, el mensaje y la vida ejemplarmente cristiana del padre Rutilio Grande. C) A Juan Bautista lo ejecutaron antes que a Cristo; monseñor Romero fue fuertemente impactado por el crimen cometido contra el padre Rutilio. D) Intervinieron en la crucifixión de Cristo, las fuerzas del Imperio Romano junto con las clases enriquecidas y sectores religiosos legalistas y dominantes del judaísmo; los asesinos de Oscar Romero tuvieron

ron el apoyo del Imperio Norteamericano, así como de sectores procedentes de la política, de la oligarquía y de las Fuerzas Armadas salvadoreñas, hasta ciertos eclesiásticos dijeron que eso ocurrió por su imprudencia. E) Humanamente hablando, tanto el martirio de Jesucristo como el de su humilde discípulo monseñor Romero, se debieron, en gran medida, a sus respectivas opciones a favor de la liberación de los oprimidos.

Ea evidente que Jesús denunció la idolatría del dinero. En esa misma línea monseñor Romero se atrevió a decir el 12 de agosto de 1979: *“Yo denuncio, sobre todo la absolutización de la riqueza, este es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada, como un absoluto intocable. Y ¡ay del que toque ese alambre de alta tensión! Se quema”*.

Y el 18 de marzo de 1979: *“El robar se va haciendo ambiente. Y al que no roba se le llama tonto”*. Añadiendo en la homilía del 11 de marzo de 1979: *“Se juega con los pueblos, con las votaciones, se juega con la dignidad de los hombres”*.

Las clases poderosas de El Salvador le odiaban; le consideraban un traidor desde que se había dedicado a ser la “voz de los sin voz”, a denunciar la mordaza que sufrían los pobres a manos de la injusta clase enriquecida. Una y otra vez, sabiendo superar las amenazas y los miedos, monseñor Romero trataba de frenar la explotación y el crimen contra los sectores populares.

El Salvador, por su pequeña extensión territorial, lo llaman el “pulgarcito

de América”; pero en aquellas fatídicas décadas de los 70 y los 80 del siglo pasado, la represión contra las fuerzas progresistas y las clases populares era verdaderamente grande e infernal.

Años antes, las organizaciones de trabajadores y campesinos habían intentado por la vía activa y no-violenta, con la protesta y la manifestación, lograr unas mejores condiciones de vida. Pero ante la obtusa y criminal represión, algunos sectores del pueblo se habían levantado en armas. A la violencia insurgente por una sociedad más justa, respondía la violencia contrainsurgente con bárbaros genocidios y matanzas de campesinos y ciudadanos en defensa de los intereses oligárquicos e imperiales.

El gobierno de Ronald Reagan en Estados Unidos, estimó necesario para su seguridad nacional, intervenir directamente en el conflicto salvadoreño, apoyando y dirigiendo la guerra contrainsurgente llevada a cabo por las Fuerzas Armadas de ese pequeño país centroamericano. El Salvador se había convertido en un campo de exterminio. En los años que duró la guerra de clases, murieron en El Salvador más de 80.000 personas. En Guatemala los asesinados llegaron a 200.000, en Nicaragua unos 50.000 y en Honduras cerca de 20.000.

No es de extrañar, pues, la fuerza con la que denunciaba Óscar Romero a los genocidas de su pueblo: *“A mí me toca ir recogiendo atropellos y cadáveres”* (19 junio 1977). *“No me cansaré de denunciar el atropello por capturas arbitrarias, por desapareci-*

mientos, por torturas” (24 junio 1979). “*Se sigue masacrando al sector organizado de nuestro pueblo sólo por el hecho de salir ordenadamente a la calle para pedir justicia*” (27 enero 1980). “*La violencia, el asesinato, la tortura, donde se quedan tantos muertos, el machetear y tirar al mar, el botar gente, todo esto es el imperio del infierno*” (1 julio 1979).

A lo largo de los tres años que duró su responsabilidad como arzobispo de San Salvador, había recibido varias amenazas, coacciones, intentos de protecciones especiales que le apartaran de los pobres; otras veces quisieron comprarle con regalos, hacerle desistir por vía jerárquica, con denuncias al Vaticano y presiones a obispos conservadores. Pero monseñor Romero mantuvo la energía, el coraje y el valor, siendo inasequible al desaliento y al miedo que tuvo a morir.

Para algunos estudiosos, al denunciar proféticamente a los militares el día 23 de marzo de 1980, supuso su sentencia de muerte:

“Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del ejército y en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la policía, de los cuarteles. ¡Hermanos! ¡Son de nuestro mismo pueblo! ¡Matan a sus mismos hermanos campesinos! Y ante una orden de matar que dé un hombre, debe prevalecer la ley de Dios que dice ¡No matar!”.

Por todo ello, en el venerado Monseñor Romero, que entregó su vida por el pueblo hace 25 años, queremos celebrar la resurrección de todos los mártires latinoamericanos y del Tercer mundo. Si Cristo resucitó también nuestros santos y mártires resucitarán.